

***La extraordinaria vida de la gran
esclava Harriet Jacobs***



Avneet Kumar Singla

*La extraordinaria vida de la
gran esclava Harriet Jacobs*
Avneet Kumar Singla

Copyright © 2021-2040 por Avneet Kumar Singla

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, incluidas fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas. en revisiones críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitudes de permisos, escriba a la editorial, dirigida a "Atención: Coordinador de permisos", en la dirección a continuación.

*Avneet Kumar Singla
avneetkumarsingla2@gmail.com*

Descargo de responsabilidad

Toda la información provista en este libro es la mejor para nuestro conocimiento y creencia. Sin embargo, no garantizamos la autenticidad, integridad y precisión de la información.

Tabla de Contenidos

Breve Introducción

I. Infancia

II. El nuevo amo y señora.

III. El Día de Año Nuevo de los Esclavos.

IV. El esclavo que se atrevió a sentirse como un hombre.

V. The trials of girlhood.

VI. El Amante Celoso.

VII. El amante.

VIII. ¿Qué esclavos se les enseña a pensar en el Norte.

IX. Bocetos de dueños de esclavos vecinos.

X. Un paso peligroso en la vida del esclavo.

XI. El nuevo vínculo con la vida.

XII. Miedo A La Insurrección.

XIII. La Iglesia Y La Esclavitud.

XIV. Otra conexión con la vida.

XV. Persecuciones continuas.

XVI. Escenas En La Plantación.

XVII. El vuelo.

XVIII. Meses De Peligro.

XIX. Vendió A Los niños.

XX. Nuevos peligros.

XXI. La laguna de la retirada.

XXII. Fiestas de Navidad.

XXIII. Sigue en prisión.

XXIV. El Candidato Al Congreso.

XXV. Competencia en astucia.

XXVI. Era importante en la vida de mi hermano.

XXVII. Nuevo Destino Para Los Niños.

XXVIII. Tía Nancy.

XXIX. Preparativos para el escape.

XXXI. Incidentes en Filadelfia.

[XXXII. El Encuentro De Madre E Hija.](#)

[XXXIII. Encontré un hogar.](#)

[XXXIV. El Viejo Enemigo De Nuevo.](#)

[XXXV. Prejuicio Contra el Color.](#)

[XXXVI. El Hairbreadth Escapar.](#)

[XXXVII. Una Visita A Inglaterra](#)

[XXXVIII. Renovadas invitaciones al sur.](#)

[XXXIX. la confesión.](#)

[XL. The Fugitive Slave Law.](#)

[XLI. Finalmente Libre.](#)

[ANEXO.](#)

Breve Introducción

Durante los últimos diecisiete años, Harriet Jacobs ha vivido la mayor parte del tiempo con una familia respetada en Nueva York, y se ha deportado de una manera que es tenida en alta estima por ellos. Este hecho es suficiente, sin más características de su carácter. Creo que los que la conocen no estarán inclinados a dudar de su veracidad, aunque algunos incidentes en su historia son más románticos que la ficción.

Será sorprendente, por supuesto, que una mujer que fue criada en la esclavitud pueda escribir tan bien. Pero las circunstancias explicarán esto. En primer lugar, la naturaleza les dotó de percepciones rápidas. En segundo lugar, la amada, con quien vivió hasta la edad de doce años, era una amiga amable y considerada que le enseñó a leer y deletrear. En tercer lugar, fue colocada en circunstancias favorables después de venir al Norte; relaciones sexuales frecuentes con personas inteligentes que sentían un interés

amistoso en su bienestar y estaban listas para darle oportunidades de superación personal. La historia está escrita en la sensación de que la propia Harriet Jacobs cuenta su historia.

En esta historia, yo, mi o yo deberíamos ser considerados Harriet Jacobs.

I. Infancia

Nací esclava, pero no lo supe hasta que pasaron seis años de infancia feliz. Mi padre era carpintero y era considerado tan inteligente y hábil en su oficio que cuando los edificios iban a ser erigidos fuera de la línea común, fue enviado aquí desde una gran distancia como un trabajador principal. Con la condición de pagar a su amada doscientos dólares al año y alimentarse, se le permitió trabajar en su oficio y administrar sus propios asuntos. Su mayor deseo era comprar a sus hijos; pero a pesar de que varias veces ofreció sus duros ingresos para este propósito, nunca tuvo éxito. En la tez, mis padres eran un tono claro de amarillo pardusco y se llamaban mulatos. Vivían juntos en un hogar cómodo; y aunque todos éramos esclavos, yo estaba tan protegido con amor que nunca soñé con ser una pieza de bienes que se les confiaba para su custodia y que se les podía exigir en cualquier momento. Tenía un hermano, William, que era dos años más joven que yo, un niño brillante y cariñoso. También tenía un gran tesoro en mi abuela materna, que era una mujer notable en muchos aspectos. Ella era la hija de un jardinero en Carolina del Sur, quien a su muerte liberó a su madre y tres hijos, con dinero para ir a San Agustín, donde tenían familiares. Fue durante la Guerra de la Independencia, y fueron capturados en su paso, llevados de vuelta y vendidos a varios compradores. Esa fue la historia que me contó mi abuela, pero no recuerdo todos los detalles. Era una niña pequeña cuando fue capturada y vendida al guardián de un gran hotel. A

menudo la he oído decir lo difícil que fue en su infancia. Pero a medida que crecía, mostró tanta inteligencia y fue tan fiel que su amo y señora no pudieron evitar ver que le interesaba cuidar de una propiedad tan valiosa. Se convirtió en una personalidad indispensable en el hogar, oficiando en todas las funciones, desde la cocinera y la enfermera hasta la costurera. Fue ampliamente elogiada por su cocina, y sus lindas galletas se hicieron tan famosas en el vecindario que muchas personas tenían el deseo de preservarlas. A consecuencia de numerosas investigaciones de este tipo, pidió permiso a su amante para hornear galletas por la noche, después de que se hicieran todas las tareas domésticas; y recibió permiso para hacerlo, siempre que se vistiera a sí misma y a sus hijos con los beneficios. De acuerdo con estas condiciones, después de trabajar duro para su amada todo el día, comenzó a hornear a medianoche, apoyada por sus dos hijos mayores. El negocio resultó ser rentable; y cada año se reponía un poco, que se guardaba para un fondo para comprar a sus hijos. Su señor murió, y la propiedad fue repartida entre sus herederos. La viuda tenía su dote en el hotel, que seguía manteniendo abierta. Mi abuela permaneció a su servicio como esclava, pero sus hijos fueron divididos entre los hijos de su amo. Como tenía cinco, Benjamin, el más joven, fue vendido para que cada heredero tuviera una parte igual de dólares y centavos. Había tan poca diferencia en nuestra edad que se parecía más a mi hermano que a mi tío. Era un muchacho brillante, guapo, casi blanco; porque heredó la tez que mi abuela tenía de antepasados anglosajones. Aunque solo tenía diez años, se pagaron setecientos veinte dólares por él. Su venta fue un golpe terrible para mi abuela, pero ella, por supuesto, tenía esperanzas, y se puso a trabajar con energía renovada, confiando en el tiempo para poder comprar algunos de sus hijos. Ella había invertido trescientos dólares, que su amado un día suplicó como un préstamo y prometió pagarlo pronto. El lector

probablemente sabe que ninguna promesa o carta dada a un esclavo es legalmente vinculante; porque bajo las leyes del sur un esclavo que es propiedad no puede tener propiedad. Cuando mi abuela prestó sus duros ingresos a su amada, ella confiaba solo en su honor. ¡El honor de un esclavista a un esclavo!

A esta buena abuela yo estaba en deuda por muchas comodidades. Mi hermano Willie y yo a menudo recibíamos porciones de las galletas, pasteles y conservas que ella hacía para la venta; y después de que dejamos de ser niños, estábamos en deuda con ella por muchos servicios más importantes.

Estas fueron las circunstancias inusualmente felices de mi primera infancia. Cuando tenía seis años de edad, mi madre murió; y luego aprendí por primera vez de la conversación a mi alrededor que yo era un esclavo. La amante de mi madre era la hija de la amante de mi abuela. Ella era la hermana adoptiva de mi madre; ambos fueron amamantados en el seno de mi abuela. De hecho, mi madre había sido destetada a la edad de tres meses para que el bebé de la amante pudiera recibir suficiente comida. Jugaban juntos de niños; y cuando se convirtieron en esposas, mi madre fue una fiel sirviente de su blanca hermana de crianza. En su lecho de muerte, su amada prometió que sus hijos nunca sufrirían por nada, y durante su vida mantuvo su palabra. Todos hablaron amablemente de mi madre muerta, que había sido una esclava solo de nombre, pero era noble y femenina por naturaleza. Me afligí por ella, y mi joven mente estaba preocupada por la idea de quién cuidaría de mí y de mi hermano pequeño ahora. Me dijeron que mi casa debería estar con su amante ahora.; y lo encontré feliz. No se me impusieron obligaciones pesadas o desagradables. Mi amante era tan amable conmigo que siempre estaba contento de hacer su voluntad y orgulloso de trabajar para ella tanto como mis años de juventud lo permitiría. Me senté

a su lado durante horas, cosiendo diligentemente, con un corazón tan despreocupado como el de un niño blanco nacido libre. Cuando pensó que estaba cansado, me envió a correr y saltar; y me fui a recoger bayas o flores para decorar su habitación. Esos fueron días felices, demasiado felices para durar. El niño esclavo no pensó en la mañana; pero vino esta plaga, que espera con demasiada seguridad a todo hombre nacido para ser un bien.

Cuando tenía casi doce años, mi amable amante enfermó y murió. Cuando vi la mejilla hacerse más pálida y el ojo vidrioso, ¡cuán fervientemente oré en mi corazón para que ella pudiera vivir! La amaba, porque había sido casi como una madre para mí. Mis oraciones no fueron respondidas. Ella murió, y la enterraron en el pequeño cementerio, donde día tras día mis lágrimas caían sobre su tumba.

Me enviaron a pasar una semana con mi abuela. Ya tenía la edad suficiente para pensar en el futuro; y una y otra vez me preguntaba qué me harían. Estaba seguro de que nunca encontraría otra amante que fuera tan amable como la que se había ido. Ella había prometido a mi madre moribunda que sus hijos nunca sufrirían por nada; y mientras recordaba y recordaba sus muchas evidencias de apego a mí, no pude evitar tener algunas esperanzas de que ella me había liberado. Mis amigos estaban casi seguros de que sería así. Pensaron que lo haría con seguridad, debido al amor y servicio fiel de mi madre. ¡Pero por desgracia! todos sabemos que la memoria de una esclava fiel no hace mucho bien para salvar a sus hijos del bloque de la subasta.

Después de un corto período de suspenso, se leyó el testamento de mi amante, y nos enteramos de que ella me había legado a la hija de su hermana, una niña de cinco años. Así que nuestras esperanzas desaparecieron. Mi señora me había enseñado los mandamientos de la Palabra de Dios: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo."Cualquier

cosa que quieras que la gente te haga, haz lo mismo con ellos."Pero yo era su esclava, y supongo que ella no me reconoció como su vecina. Daría mucho para borrar este gran error de mi memoria. Cuando era niño, amaba a mi amada; y cuando miro hacia atrás en los días felices que pasé con ella, trato de pensar en este acto de injusticia con menos amargura. Mientras estaba con ella, ella me enseñó a leer y deletrear; y por este privilegio, que tan raramente cae en la suerte de un esclavo, bendigo su memoria.

Solo tenía unos pocos esclavos; y a su muerte, todos se distribuyeron entre sus parientes. Cinco de ellos eran hijos de mi abuela y habían compartido la misma leche que alimentaba a los hijos de su madre. A pesar del servicio largo y fiel de mi abuela a sus dueños, ninguno de sus hijos escapó del bloque de la subasta. A los ojos de sus amos, estas máquinas que respiran a Dios no son más que el algodón que plantan o los caballos que cuidan.

II. El nuevo amo y señora.

El Dr. Flint, un médico del vecindario, se había casado con la hermana de mi amante, y ahora yo era propiedad de su pequeña hija. No fue sin quejarme que me preparé para mi nuevo hogar; y lo que se sumó a mi desgracia fue el hecho de que mi hermano Guillermo fue comprado por la misma familia. Mi padre, por naturaleza y por el hábito de hacer negocios como un hábil mecánico, tenía más sentimientos de un hombre libre que los comunes entre los esclavos. Mi hermano era un chico temperamental; y siendo criado bajo tales influencias, diariamente detestaba el nombre del maestro y amado. Un día, cuando su padre y su amante lo llamaban a ambos al mismo tiempo, dudó entre los dos; perplejo al saber cuál tenía el reclamo más fuerte de su obediencia. Finalmente decidió ir con su amada. Cuando mi padre lo reprendió por esto, dijo: "Ambos me llamasteis, y no sabía a dónde ir primero."

"Tú eres mi hijo", respondió nuestro padre, " y cuando te llamo, debes venir inmediatamente si tienes que pasar por el fuego y el agua."

Pobre Willie! Ahora debería aprender su primera lección de obediencia a un maestro. La abuela trató de animarnos con palabras esperanzadoras, y encontraron un eco en los corazones crédulos de la juventud.

Cuando entramos en nuestro nuevo hogar, nos encontramos con miradas frías, palabras frías y tratamiento frío. Nos alegramos cuando llegó la noche. En mi cama estrecha gemía y lloraba, me sentía tan desolado y solo.

Estuve allí casi un año cuando un querido amigo mío fue enterrado. Escuché a su madre sollozando mientras los bultos caían sobre el ataúd de su único hijo, y me alejé de la tumba, agradecida de que todavía tenía algo que amar. Conocí a mi abuela, que me dijo: "Ven conmigo, Harriet"; y por su tono supe que algo triste había sucedido. Ella me alejó de la gente y luego dijo: "Hija Mía, tu padre está muerto." ¡Muerto! ¿Cómo podría creerlo? Había muerto tan repentinamente que ni siquiera había oído que estaba enfermo. Me fui a casa con mi abuela. Mi corazón se rebeló contra Dios, que me había quitado madre, padre, amante y amigo. La buena abuela trató de consolarme. "¿Quién conoce los caminos de Dios?ella dijo. "Quizás fueron amablemente tomados por los malos días venideros."Años después, a menudo pensaba en ello. Ella prometió ser madre de sus nietos en la medida en que se le permitiera; y fortalecida por su amor, volví a mi Señor. Pensé que me permitiera ir a la casa de mi padre a la mañana siguiente; pero me ordenaron que trajera flores para que la casa de mi señora pudiera ser decorada para una fiesta nocturna. Pasé el día recogiendo flores y tejiéndolas en guirnaldas mientras el cuerpo de mi padre yacía a una milla de mí. ¿De qué se ocuparon mis dueños? era sólo una propiedad. Además,

pensaban que él malcriaba a sus hijos enseñándoles a sentirse humanos. Esta era una doctrina blasfema para que un esclavo la enseñara; presuntuosa en él y peligrosa para los amos.

Al día siguiente seguí sus restos hasta una modesta tumba junto a la de mi querida madre. Había quienes conocían el valor de mi padre y respetaban su memoria.

Mi hogar parecía más desolado que nunca. La risa de los pequeños niños esclavos sonaba dura y cruel. Fue egoísta sentir tanto por la alegría de los demás. Mi hermano se movía con una cara muy seria. Traté de consolarlo diciendo: "Ten valor, Willie; vendrán días más brillantes."

"No sabes nada al respecto, Harriet," contestó. "Tendremos que quedarnos aquí todos nuestros días; nunca seremos libres."

Argumenté que nos estábamos haciendo mayores y más fuertes y que tal vez pronto podríamos establecer nuestro propio tiempo, y luego podríamos hacer dinero para comprar nuestra libertad. Guillermo declaró que esto era mucho más fácil de decir que de hacer; además, no tenía la intención de comprar su libertad. Hemos causado controversia sobre esta cuestión a diario.

Se prestó poca atención a las comidas de los esclavos en la casa del Dr. Flint. Si pudieras coger un poco de comida mientras se fue, bien y bien. No me molesté en este sentido, porque en mis diversos recados pasé por la casa de mi abuela, donde siempre había algo para mí. A menudo me amenazaban con un castigo si me detenía allí; y mi abuela a menudo se paraba en la puerta con algo para el desayuno o la cena para no arrestarme. Estaba en deuda con ella por todas mis comodidades espirituales o temporales. Fue su trabajo el que suministró mi escaso guardarropa. Tengo un vívido recuerdo del vestido de Linsey Woolsey que me

regalaba cada invierno la Sra. Flint. Cómo lo odiaba! Era una de las insignias de la esclavitud.

Mientras que mi abuela así ayudó a mantenerme de sus duros ingresos, los trescientos dólares que había prestado a su amante nunca fueron reembolsados. Cuando su amante murió, su yerno, el Dr. Flint, fue nombrado albacea. Cuando la abuela le pidió el pago, él dijo que el patrimonio era insolvente, y la ley prohibió el pago. Sin embargo, no le prohibió conservar el candelabro de plata comprado con este dinero. Supongo que se transmiten en la familia, de generación en generación.

La amante de mi abuela siempre le había prometido que sería libre a su muerte; y se decía que en su testamento ella cumplió la promesa. Pero cuando la finca fue establecida, el Dr. Flint le dijo al fiel sirviente que bajo las circunstancias era necesario venderlos.

En el día señalado se publicó el anuncio habitual anunciando que habría una "venta pública de negros, caballos, etc." El Dr. Flint llamó para decirle a mi abuela que no estaba dispuesto a herir sus sentimientos subastándolos, y que preferiría disponer de ellos en una venta privada. Mi abuela vio a través de su hipocresía; ella entendió muy bien que él estaba avergonzado del trabajo. Era una mujer muy temperamental, y si él era lo suficientemente inteligente como para venderla cuando su amante pretendía que fuera libre, estaba decidida a que el público lo supiera. Durante mucho tiempo había proporcionado a muchas familias galletas y alimentos enlatados; en consecuencia, "Tía Marthy", como se la llamaba, era ampliamente conocida, y todos los que la conocían respetaban su inteligencia y buen carácter. Su largo y fiel servicio en la familia también era conocido, y la intención de su amado de liberarla. Cuando llegó el día de la venta, tomó su lugar entre los bienes muebles, y en la primera llamada saltó al bloque de la

subasta. Muchas voces gritaban: "¡Vergüenza! Vergüenza! ¿Quién te va a vender, tía Marthy? No te quedes ahí! Este no es lugar para ti." Sin decir una palabra, esperó en silencio su destino. Nadie puja por ellos. Por fin una voz débil dijo: "Cincuenta dólares." Vino de una doncella, de setenta años, la hermana del difunto amante de mi abuela. Ella había vivido bajo el mismo techo con mi abuela durante cuarenta años; sabía cuán fielmente había servido a sus dueños y cuán cruelmente había sido traicionada por sus derechos; y decidió protegerlos. El subastador estaba esperando una oferta más alta; pero sus deseos fueron respetados; nadie mandaba por encima de ella. No sabía leer ni escribir; y cuando se redactó el contrato de venta, lo firmó con una cruz. Pero, ¿cuál fue la consecuencia cuando ella tenía un gran corazón rebosante de bondad humana? Ella le dio al viejo sirviente su libertad.

En ese momento, mi abuela tenía solo cincuenta años. Habían pasado años laboriosos desde entonces; y ahora mi hermano y yo éramos esclavos del hombre que los había engañado por su dinero y tratado de engañarlos por su libertad. Una de las hermanas de mi madre, llamada tía Nancy, también era esclava en su familia. Ella era una tía amable y buena para mí; y proporcionó el lugar del ama de llaves de su señora y la criada que esperaba. Ella estaba en efecto al principio y al final de todo.

La Sra. Flint, como muchas mujeres del Sur, tenía una completa falta de energía. Ella no tenía la fuerza para supervisar sus asuntos domésticos; pero sus nervios eran tan fuertes que podía sentarse en su silla y ver a una mujer azotar hasta que la sangre goteaba de cada parpadeo de un ojo. Ella era miembro de la iglesia, pero la participación en el sacramento no parecía ponerla en un estado de ánimo cristiano. Si la cena no se servía a la hora exacta ese domingo, ella se paraba en la cocina y esperaba hasta que fuera servida, y luego escupía todas las calderas y sartenes

que se habían utilizado para cocinar. Lo hizo para evitar que la cocinera y sus hijos hirvieran su pobre comida con los restos de la salsa y otros rasguños. Los esclavos no podían conseguir nada para comer excepto lo que ella les daba. Las acciones se pesaban tres veces al día con libras y onzas. Puedo asegurarle que no le dio la oportunidad de comer pan de trigo de su barril de harina. Ella sabía cuántas galletas haría un litro de harina, y exactamente de qué tamaño deberían ser.

El Dr. Flint era un conoedor. El cocinero nunca envió una cena a su mesa sin temor y temblor; porque si había un plato que no le gustaba, o bien ordenó que la azotaran, o la obligó a comer cada bocado de él en su presencia. A la pobre criatura hambrienta no le habría importado comérselo; pero a ella sí le importó que su amo se lo metiera por la garganta hasta ahogarse.

Tenían un perro, que era una molestia en la casa. El cocinero recibió la orden de hacer un poco de papilla india para él. Él se negó a comer, y cuando su cabeza fue sostenida sobre ella, la espuma de su boca fluyó en la cuenca. Murió unos minutos después. Cuando el Dr. Flint entró, dijo que la papilla no estaba bien cocida, y esa era la razón por la que el animal no la comería. Mandó llamar a la cocinera y la obligó a comérselo. Pensó que el estómago de la mujer era más fuerte que el del perro; pero sus sufrimientos posteriores demostraron que estaba equivocado. Esta pobre mujer soportó muchas crueldades de su amo y señora; a veces fue encarcelada durante todo un día y toda una noche, lejos de su bebé lactante.

Cuando estuve en la familia por un par de semanas, uno de los esclavos de la plantación fue llevado a la ciudad por orden de su amo. Era casi de noche cuando llegó, y el Dr. Flint ordenó que lo llevaran al asilo y lo ataran a la viga para que sus pies solo escaparan del suelo. En esta situación,

debe esperar hasta que el médico haya tomado su té. Nunca olvidaré esa noche. Nunca antes en mi vida había escuchado cientos de golpes caer; uno tras otro en un ser humano. Sus lamentables gemidos y su " Oh, no reces, Amo " resonaron en mi oído durante meses después. Hubo muchas conjeturas sobre la causa de este terrible castigo. Algunos dijeron que el amo lo acusó de robar maíz; otros dijeron que el esclavo peleó con su esposa en presencia del supervisor y acusó a su amo de ser el padre de su hijo. Ambos eran negros, y el niño era muy justo.

Fui al asilo a la mañana siguiente y vi el cuero de vaca todavía mojado con sangre y las tablas todas cubiertas de sangre. El pobre hombre continuó viviendo y discutiendo con su esposa. Unos meses más tarde, el Dr. Flint los entregó a un comerciante de esclavos. El culpable puso su valor en su bolsillo y tuvo la satisfacción de saber que estaban fuera de la vista y el oído. Cuando la madre fue entregada en manos del comerciante, dijo. "Prometiste tratarme bien." A lo que él respondió: " Dejas que tu lengua corra demasiado lejos; ¡maldita sea!" Había olvidado que era un crimen que un esclavo dijera quién era el padre de su hijo.

En tales casos también viene la persecución de otros que no sean el Maestro. Una vez vi a un joven esclavo morir poco después del nacimiento de un niño casi blanco. En su agonía gritó: "¡Oh Señor, ven y tómame!" Su amante se quedó de pie y se burló de ella como un demonio encarnado. "Estás sufriendo, ¿no?" exclamó. "Me alegro de eso. Te mereces todo y más."

La madre de la niña dijo: "El bebé está muerto, gracias a Dios; y espero que pronto mi pobre hijo también esté en el cielo."

"Jesús!", respondió la señora. "No hay tal lugar para ti y tu bastardo."

La pobre madre se volvió sollozando. Su hija moribunda la llamó débil, y cuando se inclinó sobre ella, la oí decir: "No te entristezcas así, Madre; Dios lo sabe todo; y Él tendrá misericordia de mí."

Sus sufrimientos, después de eso, se hicieron tan intensos que su señora se sintió incapaz de quedarse; pero cuando salió de la habitación, la sonrisa de desprecio todavía estaba en sus labios. Siete niños llamaron a su madre. La pobre mujer negra solo tenía un hijo cuyos ojos vio cerca en la muerte mientras agradecía a Dios por haberla alejado de la mayor amargura de la vida.

III. El Día de Año Nuevo de los Esclavos.

El Dr. Flint poseía una buena residencia en la ciudad, varias granjas y unos cincuenta esclavos, además de contratar un número de año en año.

El día de contratación en el sur se llevará a cabo el 1 de enero. En la 2d, se espera que los esclavos vayan a sus nuevos amos. En una granja trabajan hasta que se ponen el maíz y el algodón. Entonces tienes dos vacaciones. Algunos maestros te darán una buena cena bajo los árboles. Se acabó, trabajan hasta Nochebuena. Si no se presentan cargos graves contra ellos, se les dan cuatro o cinco días festivos, dependiendo de lo que el maestro o supervisor considere apropiado. Luego viene la Víspera de Año Nuevo; y reúnen su pequeño todo, o más correctamente, su poco nada, y esperan ansiosamente el amanecer del día. A la hora señalada, hombres, mujeres y niños se agolpan en los terrenos, esperando como criminales a que se pronuncie su destino. El esclavo está seguro de saber quién es el amo más humano o cruel dentro de cuarenta millas de él.

Es fácil descubrir en este día quién viste y alimenta bien a sus esclavos; porque está rodeado de una multitud de

personas y pregunta: "Por favor, amo, contrátame este año. Trabajaré muy duro, amo."

Si un esclavo no está listo para ir con su nuevo amo, será azotado o encarcelado en prisión hasta que acepte y prometa no huir durante el año. Si cambia de opinión y encuentra justificado violar una promesa chantajeada, ¡ay de él si es capturado! El látigo se utiliza hasta que la sangre fluye a sus pies; y sus extremidades rígidas se ponen en cadenas para ser arrastrado al campo durante días!

Si vive hasta el próximo año, tal vez el mismo hombre lo vuelva a contratar sin darle la oportunidad de ir al lugar de contratación. Después de que los que se alquilan se venden, los que se venden son llamados.

¡Oh, alegres mujeres libres, contrasten su Día de Año Nuevo con el de la esposa del pobre sirviente! Contigo es una estación agradable, y la luz del día es bendecida. Los buenos deseos le encontrarán en todas partes, y los regalos serán derramados sobre usted. Incluso los corazones que se han distanciado de ti se vuelven más suaves en esta época del año, y los labios que han estado en silencio suenan de nuevo: "Te deseo un feliz Año Nuevo." Los niños hacen sus pequeños sacrificios y levantan sus labios rosados para una caricia. Son tuyos, y ninguna otra mano que la de la muerte puede quitártelos.

Pero para la madre esclava, el Día de Año Nuevo viene cargado de preocupaciones especiales. Se sienta en el frío piso de su cabaña y observa a los niños, que pueden ser arrancados de ella a la mañana siguiente. y a menudo desea que ella y ella mueran antes de que amanezca. Ella puede ser una criatura ignorante degradada por el sistema que la ha hecho brutal desde la infancia a; pero ella tiene el instinto de una madre y es capaz de sentir los tormentos de una madre.

En uno de estos días de ventas, vi a una madre llevar a siete niños al bloque de subastas. Ella sabía que algunos de ellos le serían arrebatados; pero se llevaron a todos. Los niños fueron vendidos a un comerciante de esclavos, y su madre fue comprada por un hombre en su propia ciudad. Antes de la noche, sus hijos estaban muy lejos. Ella le pidió al comerciante que le dijera a dónde quería llevarla; él se negó. ¿Cómo podría él, sabiendo que los vendería individualmente, donde pudiera obtener el precio más alto? Conocí a esta madre en la calle, y su cara salvaje y demacrada vive en mi cabeza hoy. Ella retorció sus manos con miedo y exclamó: "¡Fuera! ¡Se han ido! ¿Por qué Dios no me mata?" No tenía palabras para consolarla. Los casos de este tipo son de ocurrencia diaria, incluso horaria.

Los dueños de esclavos tienen un método peculiar a su institución de deshacerse de los viejos esclavos cuyas vidas han sido gastadas en su servicio. Conocí a una anciana que sirvió fielmente a su Señor durante setenta años. Se había vuelto casi indefensa, por el trabajo duro y la enfermedad. Sus dueños se mudaron a Alabama, y la vieja mujer negra tuvo que ser vendida a cualquier cuerpo que le diera veinte dólares.

IV. El esclavo que se atrevió a sentirse como un hombre.

Habían pasado dos años desde que entré en la familia del Dr. Flint, y esos años habían traído gran parte del conocimiento que provenía de la experiencia, aunque habían brindado pocas oportunidades para otros tipos de conocimiento.

Mi abuela tenía que ser lo más posible madre de sus nietos huérfanos. Por la perseverancia y el trabajo incansable, ella era ahora la dueña de una pequeña casa acogedora, rodeada de las necesidades de la vida. Ella habría sido feliz si sus hijos los hubieran compartido con ella. Solo quedaban

tres hijos y dos nietos, todos esclavos. Muy seriamente trató de hacernos sentir que era la voluntad de Dios: que Él había pensado que era correcto ponernos en tales circunstancias; y aunque parecía difícil, debemos orar por la satisfacción.

Era una hermosa fe que provenía de una madre que no podía llamar a sus hijos suyos. Pero Benjamin y yo, su hijo menor, lo condenamos. Pensamos que era mucho más la voluntad de Dios que debiéramos ser establecidos como era. Anhelábamos un hogar como el tuyo. Allí siempre encontramos bálsamo dulce para nuestros problemas. ¡Era tan cariñosa, tan simpática! Ella siempre nos recibía con una sonrisa y escuchaba pacientemente todas nuestras preocupaciones. Ella habló tan esperanzadamente que inconscientemente las nubes dieron paso al sol. También había un gran horno que horneaba pan y cosas bonitas para la ciudad, y sabíamos que siempre había una opción para nosotros.

¡Pero por desgracia! Incluso el encanto de la vieja estufa no reconciliarnos con nuestro duro mucho. Benjamín era ahora un chico alto y guapo, fuerte y elegante, y con un espíritu demasiado audaz y atrevido para ser un esclavo. Mi hermano William, ahora de doce años, tenía la misma aversión a la palabra maestro que tenía cuando era un erizo de siete años. Yo era su confidente. Vino a mí con todos sus problemas. Recuerdo especialmente un caso. Fue en una hermosa mañana de primavera, y cuando vi la luz del sol bailando aquí y allá, su belleza parecía burlarse de mi tristeza. Porque mi maestro, cuya naturaleza inquieta, ansiosa y maligna vagaba día y noche, buscando a quién devorar, acababa de abandonarme, con palabras penetrantes y abrasadoras; palabras que dispersaban el oído y el cerebro como el fuego. ¡Cómo lo despreciaba! Pensé en lo feliz que estaría si un día, cuando caminara por la tierra, se abriera y lo devorara y librara al mundo de una plaga.

Cuando me dijo que estaba hecho para su uso, para obedecer su orden en todo; que no era más que un esclavo cuya voluntad tenía y debía someterse a la suya, mi débil brazo nunca se había sentido tan fuerte.

Tan profundamente estaba absorto en reflexiones dolorosas que ni vi ni escuché la entrada de nadie hasta que la voz de William sonó cerca de mí. "Harriet", dijo, "¿por qué te ves tan triste? Os amo. Harriet, ¿no es un mundo malo? Todos parecen tan enfadados e infelices. Ojalá hubiera muerto cuando lo hizo el pobre padre."

Le dije que todos no eran felices o infelices; que aquellos que tenían un hogar agradable y amigos amigables y no tenían miedo de amarlos eran felices. Pero nosotros, que éramos niños esclavos, sin padre o madre, no podíamos esperar ser felices. Debemos ser buenos; tal vez eso nos traiga satisfacción.

"Sí", dijo, "trato de ser bueno; pero ¿de qué sirve? Me preocupan todo el tiempo." Luego contó las dificultades de su tarde con el joven maestro Nicolás. Parecía que el hermano del Maestro Nicolás se contentaba con inventar historias sobre Guillermo. El maestro Nicholas dijo que debería ser azotado, y que lo haría. Con lo cual se fue a trabajar; pero Guillermo luchó valientemente, y el joven maestro, al ver que estaba mejorando, se comprometió a atarse las manos detrás de él. Fracasó en este sentido. Por patadas y puñetazos William salió de la refriega por unos rasguños.

Continuó discutiendo la mezquindad de su joven amo; cómo azotó a los niños pequeños, pero fue un perfecto cobarde cuando surgió una pelea entre él y los niños blancos de su propio tamaño. En esas ocasiones, siempre se tomaba las piernas. William tenía otras acusaciones en su contra. Una fue cómo frotó centavos con mercurio y se los pasó por un cuarto de dólar a un anciano que tenía un puesto de frutas.

William fue enviado a menudo a comprar fruta, y me preguntó seriamente qué hacer en tales circunstancias. Le dije que ciertamente estaba mal engañar al anciano, y que era su deber contarle sobre la imposición de su joven amo. Le aseguré que el anciano no comprendería lentamente todo el asunto, y allí terminaría el asunto. William pensó que podría ser con el viejo, pero no con él. Dijo que no le importaba azotar el látigo, pero no le gustaba la idea de ser azotado.

Mientras le aconsejaba que fuera bueno y perdonara, no me di cuenta del rayo en mi propio ojo. Fue el conocimiento de mis propios defectos lo que me empujó a mantener, si era posible, algunas chispas de la naturaleza dada por Dios a mi hermano. No había vivido catorce años en esclavitud por nada. Había sentido, visto y oído lo suficiente como para leer los personajes y cuestionar los motivos de los que me rodeaban. La guerra de mi vida había comenzado; y aunque yo era una de las criaturas más impotentes de Dios, elegí nunca ser derrotado. ¡Por mí!

Si había un lugar puro y soleado para mí, creía que estaba en el corazón de Benjamin y en el de otro a quien amaba con toda la pasión del primer amor de una chica. Mi dueño sabía acerca de esto y trató en todos los sentidos para hacerme infeliz. No recurrió al castigo corporal, sino a todas las formas pequeñas y tiránicas que el ingenio humano podía desarrollar.

Recuerdo la primera vez que fui castigado. Fue en el mes de febrero. Mi abuela había tomado mis zapatos viejos y los había reemplazado por un par nuevo. Los necesitaba, porque había caído varios centímetros de nieve, y todavía estaba cayendo. Mientras caminaba por la habitación de la Sra. Flint, su crujido se frotó fuertemente en sus refinados nervios. Me llamó y me preguntó qué tenía de mí que hacía un ruido tan terrible. Le dije que eran mis zapatos nuevos.

"El despegue", dijo; " y cuando los pones de nuevo, voy a echar en el fuego."

Me las quité, y también mis medias. Luego me envió a una larga distancia, a hacer un recado. Mientras caminaba por la nieve, mis pies descalzos temblaban. Esa noche estaba muy ronca, y me fui a la cama pensando que al día siguiente me encontraría enferma, quizás muerta. ¿Cuál fue mi dolor cuando me desperté para encontrarme bastante bien!

Había imaginado, si iba a morir, o estaba acostado por algún tiempo, que mi amante sentiría una punzada de remordimiento de que había odiado "el pequeño diablillo" la forma en que me había diseñado. Fue mi ignorancia de esta amante lo que llevó a ideas tan extravagantes.

El Dr. Flint había ofrecido ocasionalmente precios altos por mí; pero siempre decía: "Ella no me pertenece. Es propiedad de mi hija, y no tengo derecho a venderla." ¡Hombre bueno y honesto! Mi joven amante era todavía una niña, y no podía buscar protección de ella. La amaba, y ella correspondió mi afecto. Una vez escuché a su padre aludir a su apego a mí, y su esposa respondió rápidamente que estaba caminando por miedo. Esto trajo desagradables dudas a mi mente. ¿Fingió el niño que no sentía? ¿o su madre estaba celosa de la pizca de amor que me dio? He llegado a la conclusión de que debe ser lo último. Me dije a mí mismo: "Claro, los niños pequeños son verdaderos."

Una tarde me senté en mi mesa y sentí una inusual depresión de espíritus. Mi señora me había acusado de una ofensa de la que le aseguré que era perfectamente inocente; pero vi, por el desdeñoso rizo de su labio, que creía que estaba mintiendo.

Me preguntaba con qué sabio propósito me había guiado Dios por caminos tan espinosos, y si me esperaban días aún más oscuros. Mientras meditaba, la puerta se abrió

suavemente, y William entró. "Bueno, hermano", le dije, "¿qué está pasando esta vez?"

"¡Oh Harriet, Ben y su amo tuvieron un tiempo terrible!"dijo.

Mi primer pensamiento fue que Benjamin fue asesinado. - No temas, Harriet-dijo William -; te lo contaré todo."

Parecía que el amo de Benjamín había enviado tras él, y él no obedeció inmediatamente la citación. Cuando lo hizo, su amo estaba furioso y comenzó a azotarlo. Se resistió. Amo y esclavo lucharon, y finalmente el amo fue arrojado. Benjamín tenía motivos para temblar, porque había derribado a su señor, uno de los hombres más ricos de la ciudad. Esperé ansiosamente el resultado.

Esa noche robé a la casa de mi abuela, y Benjamin también robó allí a su amo. Mi abuela había ido a pasar uno o dos días con un viejo amigo que vivía en el campo.

- He venido-dijo Benjamín-a despedirme de vosotros. Me voy."

Pregunté dónde.

Al norte, contestó.

Lo miré para ver si hablaba en serio. Vi todo en su boca firme, firme. Le rogué que no se fuera, pero no escuchó mis palabras. Dijo que ya no era un niño, y cada día su yugo se hacía más irritante. Había levantado la mano contra su amo y iba a ser azotado públicamente por la ofensa. Le recordé la pobreza y las dificultades que debe encontrar entre los extraños. Le dije que podía ser capturado y traído de vuelta, y eso era terrible de pensar.

Se enojó y preguntó si la pobreza y las dificultades con la libertad no eran preferibles a nuestro tratamiento en la esclavitud. "Harriet", continuó, " aquí somos perros; pelotas de fútbol, ganado, todo lo que es malo. No, no me quedaré. Déjame llevarla de vuelta. Sólo morimos una vez."